

SNACKS DE CORDELIA

II

Gun Moll

(A HOLLYWOOD STORY)





Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2025

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaOI

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S. L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© José Luis Garci, 1998

Ilustraciones: © Miguel Navia, 2025

IBIC: FP | Thema: FP

ISBN: 979-13-87599-09-6

Depósito legal: M-11686-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Gun Moll

(A HOLLYWOOD STORY)

José Luis Garci

Ilustraciones de
Miguel Navia





A mi amigo Luis Alberto de Cuenca,
extraordinario poeta y adicto al *noir*

NO DETUVIMOS el Chevrolet hasta bien entrada la noche. Dormimos en un motel en las afueras de Tucson, Arizona. Habíamos partido el primer día del verano. Ahora debe de ser ya julio, aunque no podría asegurarlo. Sí recuerdo que ese primer día viajamos casi quinientas millas —¡ay!, Peter, Paul and Mary, la canción favorita de mi padre—, prácticamente de un tirón. Juraría que solo nos paramos dos veces. Una, en pleno Monument Valley, cuando Betty frenó bruscamente y me dijo con su voz superronca: «Cómetelo». Era la octava





o novena vez que se lo hacía. ¡Uf!, fantástico. Lo tiene grande. Su clítoris es casi como una moneda de diez centavos. La estuve comiendo y chupando mucho tiempo, cerca de una hora, hasta que los asientos del Chevy empezaron a quemar por el sol; entonces Betty sacó mi cabeza de entre sus muslos y se tragó mi boca con la suya no menos de tres minutos. La segunda parada la hicimos porque yo le pedí detenerse, cien millas más adelante, para ir al baño en una de las áreas de descanso de la autopista. Cuando volví al coche, con los periódicos y una lata de Pepsi, Betty, antes de entrar, me pidió que me bajara la cremallera de mis Calvin Klein recordados.



Lo hice. Bueno, hice más. Dejé caer los minitejanos hasta mis rodillas. «Es lo más bonito que he visto en mi vida», susurró Betty en plan Bonnie Tyler. El empleado de la gasolinera se rio y movió la cabeza como diciendo: «¡Qué tiempos!».

El hombro apenas me duele, aunque esta mañana me molestaba horrores, produciéndome inquietud y desasosiego; y según fuimos acercándonos a El Paso, el dolor se agudizó. Era como si los nervios del cuello y de la espalda se hubieran puesto de acuerdo para largarse todos juntos al orificio de la bala. Bebo Nolotil sin parar, que me alivia bastante, aunque me está destrozando el estómago. Aparte de eso, me siento feliz, alegre, disfrutando

de unos cielos tan altos y tan «azul vacaciones» como no los recordaba desde la infancia, y escucho una y otra vez la casete de los Kinks.

Betty aprieta en silencio el acelerador del coche con su pie descalzo. Ay, esos pies suyos tan pequeñitos, tan estrechos, de dedos muy delgados y frágiles. Betty apenas calza un treinta y cinco. Compra sus zapatos en tiendas para niños de Pasadena.

La primera noche, o la segunda, le dije: «Betty, mi amor, ¿qué tal si durmiéramos en el próximo pueblo?». «Depende de con qué letra empiece», me respondió sin apartar los ojos de la carretera. Unos ojos que se le habían vuelto más claros







HANK'S

M

O

T

E

L

FREE
CABLE TV

VAC



desde el crimen, de un verde malaquita. Durante el viaje, le quitaba el sudor con un clínex, y luego, con un algodón humedecido en colonia para bebés, refrescaba sus axilas, su pecho, su tripa, sus muslos... Todo estaba saliendo estupendamente.

A Betty le gustaba, de improviso, arrancarse la camiseta azul con la cara de Deborah Harry, echarla al asiento trasero y guiñarme un ojo. Entonces yo podía contemplar libremente sus pezones. Para mí, su pecho se reducía a sus pezones, aunque sé que es injusto, porque el pecho de Betty es magnífico, alto, muy duro, atractivamente descarado, como dos cucuruchos de helado de vainilla, aunque yo, es verdad, por encima

de todo, me muero por sus pezones, siempre tan firmes, como si alguien los estuviera refrescando continuamente con cubitos de hielo. Los pezones de Betty, y no exagero, apuntan al sol, a los árboles, a todas horas, como los pitones de los toros de lidia. Algunos atardeceres «filosofamos» sobre lo difícil que es encontrar dos mujeres con pezones parecidos. Los hay de todas clases. Desde esos tan grandes que parecen microsurcos hasta los pequeños como garbancitos, y con una variedad de tonos que va desde el lavanda, a los fresas o los amarroados. Los de Betty son perfectos, dos diamantes suaves y lilas, que se vuelven malvas, casi magentas, con la luz del crepúsculo. Cuando los acaricio con mis dedos pulgar